



## AMOR, HONOR Y VALOR

### ROMANCE PRIMERO

#### EL EJÉRCITO

De trompas y de atambores  
Retumba marcial estruendo,  
Que en las torres de Pavía  
Repite gozoso el eco:

Porque á libertarlas viene  
De largo y penoso cerco  
El ejército del César,  
Contra el del francés soberbio:

Aquel reducido y corto,  
Este numeroso y fiero,  
El uno descalzo y pobre,  
El otro de galas lleno.

Pero el marqués de Pescara,  
Hijo ilustre y predilecto  
Del valor y la victoria,  
Tiene de aquel el gobierno.

Porque los jefes ancianos  
Y los príncipes excelsos  
Que lo mandan, se someten  
A su fortuna y su esfuerzo;

Y en él gloriosos campean  
Los invictísimos tercios  
Españoles, cuya gloria  
Es pasmo del Universo.

Manda las francesas huestes  
El rey Francisco primero,  
Que ve las del quinto Carlos  
Con orgulloso desprecio.

Y juzgando un imposible  
Que osen venir á su encuentro,  
Con tan cortos escuadrones,  
Con tan escasos pertrechos;

No á la batalla, al alcance  
Prepárase repitiendo:  
*Para la cobarde fuga  
Levantán el campamento.*

En tanto de él en buen orden  
Y en sosegado concierto  
(Después de dar á las llamas  
Y de hacer pasto del fuego  
Las tiendas y los reparos,  
Las barracas y repuestos),  
Salen á coger laureles  
Los imperiales guerreros.

De Nápoles el ilustre  
Visorey al frente de ellos,

En un caballo ruano  
Que es del Vesubio remedo,  
Ricas armas refulgentes  
En que dan vivos destellos  
Las labores de oro y plata  
Del sol naciente al reflejo,  
Lleva; y sobre el rico almete  
En la cimera sujeto,  
Penacho amarillo y rojo  
Que mece apacible viento.  
Cien alabardas de escolta  
Cércanle, delante enhiesto  
Va su pendon, y le siguen  
Personajes de respeto.

En el escuadron segundo,  
De un arnés blanco cubierto,  
Y de un sayo de brocado,  
En un frison corpulento

Pasa de Borbon el duque;  
¡Lástima que tan egregio  
Príncipe, contra su patria  
Y su rey combata ciego!

Entre los varios señores  
Y famosos caballeros  
Que le acompañan, descuella  
Por lo galán y lo apuesto  
El jóven Marqués del Vasto,  
Armado de azules veros,  
Con blancas y azules plumas,  
Gallardas alas del yelmo.

En un pisador castaño  
Que con la espuma del freno  
Escarcha en copos de plata  
Los azules paramentos,  
Su destreza de jinete  
Con corvetas y escarceos,  
Y su agilidad de mozo  
Va presumido luciendo.

Tras este escuadron segundo  
Marcha el escuadron tercero,  
Y Alarcon á su cabeza,  
Cana barba, rostro serio,  
Armas fuertes, mas sin brillo,  
Corcel alto, duro, recio,  
Una refofnida lanza  
Que empuña un puño de hierro;

Sin visera ni penacho,  
Capacete de gran peso,  
Y sobreveste y gualdrapa,  
Ambas de velludo negro,  
Sin recamadas insignias,  
Sin divisas ni emblecos,

Eran, como lo era siempre,  
Su simple y marcial arreo.  
Siguen tras los hombres de armas,  
Los escuadrones ligeros,  
Y de Cívita-Santángel  
El Marqués al frente de ellos.

Jóven valiente y gallardo,  
Ignorando va risueño,  
Que á manos de un Rey, la muerte  
Le aguarda á pocos momentos.

Rico y galán sayo viste  
De purpúreo terciopelo,  
¡Harto pronto con su sangre  
Más purpúreo ha de ponerlo!

De un cuartago de Calabria,  
Causa de su fin funesto,  
Rige las flexibles bridas,  
Que cortadas serán luégo.

Las triunfadoras banderas  
Donde desarrolla el viento  
Los castillos y leones,  
Ya de dos mundos respeto,

Y que adorna la fortuna  
De palma y laurel eternos,  
Donde quiera que tremolan  
En entrambos hemisferios;

La invencible infantería  
De los españoles tercios,  
En bien formadas escuadras  
Sigue por lado diverso.

Descalza, pero contenta;  
Pobre, mas de noble esfuerzo  
Tan rica, que á sus hazañas  
Es el orbe campo estrecho.

El valor y gracia reinan,  
Y de la muerte el desprecio,  
En sus ordenadas filas  
De frugalidad modelo:

Y que de vencer seguras  
Llenan de coplas el viento,  
Con apodos y con vayas  
De andaluces á gallegos.

A sus bravos capitanes  
Humildes obedeciendo,  
Forman un bosque de picas  
Cuyas puntas son luceros;

Y donde los arcabuces,  
Preñados de rayo y trueno,  
Van pronto á llenar el aire  
De humo, plomo, muerte y miedo.

Allí el capitán Quesada,  
Allí el capitán Cisneros,  
Y Santillana el alférez,  
Y Bermudez el sargento,

Y Roldan el Sevillano,  
Extremado arcabucero,  
Y mil y mil allí estaban  
Gloria del hispano suelo,  
Cuyos inmortales nombres  
La fama guarda del tiempo,  
Y al pronunciarlos palpita  
De todo español el pecho.

Con un limpio coselete  
Del sol envidia y espejo,  
Con celada borgoñona  
Sin cimera ni plumero,  
Y con sus calzas de grana,  
Y con su jubon eterno  
De raso carmesí, llega  
Después de dejar dispuesto  
Como caudillo el ataque,  
Y como caudillo experto,  
El gran Marqués de Pescara  
En su tordillo ligero.

En su diestra centellea  
Un estoque de Toledo,  
Y un broquel redondo embraza  
Con una muerte en el medio.

Viene, y se coloca al frente  
De los españoles tercios,  
De sus planes y esperanzas  
Con gran razón fundamento.

Y con el semblante afable,  
Y con el rostro risueño,  
Responde á sonoros vivas  
En sazonado gracejo.

Detrás de los españoles  
Tardos marchan los tudescos,  
Que apiñados parecían  
Muro movable de cuerpos.

Sus amarillos pendones  
Las águilas del imperio  
Ostentan, y lentamente  
Las siguen con gran silencio.

Micer Jorge de Austria, anciano  
De gran valor y respeto,  
Va á su frente en un morcillo  
Que hunde donde pisa el suelo.

Lleva arnés empavonado,  
Y devoto hasta el extremo,  
Con franciscana capucha  
El casco y gorjal cubiertos.

Las últimas que desfilan  
Y salen del campamento,  
Son las banderas de Italia  
En pelotones pequeños.

Dos culebrinas de bronce  
Y una lombarda de hierro,  
Son toda la artillería  
Para tan terrible empeño.

Don César Napolitano,  
Caudillo bizarro y diestro,  
Y el capitán Papacodo  
Vienen á su frente puestos.

Ya los franceses cañones,  
Cuyo número era inmenso,  
Contra estas huestes lanzaba  
Muerte envuelta en humo y fuego;

Y ya viva escaramuza  
Se iba rápida encendiendo,  
Entre avanzados jinetes  
Y alentados ballesteros,

Y aún del incendiado campo  
Llegan á ocupar sus puestos  
A todo correr soldados,  
Y á escape los caballeros.

Sólo entre tantos no acude  
Cuando siempre es el primero,  
El gallardo don Alonso  
De Córdoba, y lo echan ménos,

Porque de un noble el retardo,  
En tan críticos momentos,  
Es mucho más reparable,  
Porque debe dar ejemplo.

Y por esperarlo todos  
Miran hácia el campamento,  
Donde con grande sorpresa  
Ven, y quédanse suspensos,

Que su tienda solamente  
No es ya de las llamas cebo,  
Y que aún intacta descuella  
Entre el general incendio.

## ROMANCE SEGUNDO

### LA TIENDA

Entre humo, llamas, cenizas  
Que volando en remolinos,  
Del abandonado campo,  
Al sol ofuscan el brillo,

De don Alonso la tienda  
Tiene desde léjos fijos  
De la multitud los ojos,  
La atención de sus amigos.

Para avalorar su nombre  
Ocupan honroso sitio.

La dama en ilustre sangre  
Al jóven esclarecido  
No iguala, es cierto, mas junta  
A los altos atractivos

De la gracia y la belleza,  
Del donaire y señorío  
Y de los ojos de fuego,  
Y del hablar argentino,

Tal bondad y tal ternura,  
Tan cultivado y pulido  
Entendimiento, y modales  
Tan dulces, gratos y finos,

Que de don Alonso tienen  
Disculpa los extravíos,  
Por prenda en quien tantos dotes  
Colocar el cielo quiso;

Pues amor y entendimiento  
Y valor, siempre se ha dicho,  
Que igualarlo pueden todo:  
Y no es error el decirlo.

Ella es honrada, aunque humilde,  
Y para hombre bien nacido  
El honor de las mujeres  
No es juguete de capricho.

Y si es que tiene de padre  
Ya la obligacion consigo,  
Con Dios y con los sensatos  
Se ve en grande compromiso.

Don Alonso, caballero  
De tan altos requisitos,  
Cuando va á exponer la vida  
A un inminente peligro

(Siempre solemne momento  
En que entra el hombre en sí mismo,  
Porque voces que no mienten  
Le dan interiores gritos),

Revuelve allá en su cabeza  
Mil encontrados arbitrios,  
Para entre el mundo y el cielo  
Encontrar algún camino.

Su pecho es campo en que luchan  
Irritados enemigos,  
Preocupaciones, afectos,  
Miramientos y cariños.

Y con los brazos cruzados,  
El rostro helado y marchito,  
Desenajados los ojos,  
Convulsos los labios frios,

Hecha pedazos el alma,  
El corazón derretido,

Aderezado un overo  
Cerca de ella, altos relinchos  
Da, y huella y escarba el polvo  
No cabiendo ya en sí mismo.

Porque la mano en el diestro  
Tiene sujeto su brio  
Un paje, que también tiene  
Un lanzon con pendoncillo.

Están dentro de la tienda,  
A un lado, sentada en rico  
Almohadon de terciopelo  
Sobre tapete morisco,

Una gallarda señora  
Con semblante dolorido;  
Teniendo en sus bellos brazos  
Dos hermosísimos niños.

Y de pié, á su frente, un jóven  
De brillante arnés vestido,  
La cabeza sin almete  
Y el rostro contemplativo.

Dos luceros son los ojos  
De aquella dama ó prodigio,  
Que á las mejillas de nácar  
Le dan perlas por rocío.

Las negras y luengas trenzas  
Con negligente prendido  
Dan más blancura á su frente  
Dan á sus ojos más brillo,

Dan más carmin á sus labios  
De amor poderoso hechizo,  
Dibujando un albo cuello  
Y un seno de ángeles nido:

Pues viendo en él agrupados  
A los dos infantes lindos,  
El llamarle de esta suerte  
No es exagerado estilo.

El mancebo armado muestra  
En aspecto y atavío  
De su linaje lo ilustre  
Y de su cuna lo rico.

Es el noble don Alonso  
De Córdoba, que cautivo  
De un amor firme, combate  
Por salir de un laberinto.

Del gran Marqués de Alcaudete  
Hermano, y aún presuntivo  
Herederó, aquella hermosa  
Há tiempo tiene consigo,

Con disgusto y con despecho,  
No sólo del Marqués mismo,  
Sino de otros dos hermanos  
Capitanes de gran brio,

Que en las huestes españolas  
Con el de Pescara invicto

Quisiera que un rayo ardiente  
Le clavara en aquel sitio.

La dama, que no sospecha  
El confuso laberinto  
En que se pierde su amante,  
Demudado y discursivo,

Creendo que el amor solo  
Detiene su heróico brio,  
En momento en que el retardo  
Pone el honor en peligro,

Solozando: «¿Qué os detiene,  
Dice, amado dueño mio,  
Cuando las trompas os llaman  
Y os espera el enemigo?

»Volad, que yo no os detenga;  
Volad, señor, os suplico,  
Vuestro nombre y vuestra fama  
Son ántes que yo y mis hijos.»

De tal labio, don Alonso,  
Al escuchar tal aviso,  
Que fué del honor espuela  
Y del amor incentivo,

En sí torna, se resuelve,  
Y dando un largo suspiro,  
Como lo da el que cansado  
Sale de un profundo abismo:

«Decís bien, señora, exclama;  
Mas venid á ser testigo

De que pago cuanto debo  
A Dios, á vos y á mí mismo.»  
Cálase el yelmo; del brazo  
En frenético delirio

Ase á la dama, que aprieta  
Contra su seno á los niños.

Sale con ella y con ellos,  
Monta en el overo altivo,  
Acomoda en la gurupa  
A su dama y á sus hijos,

Y hácia el campo de batalla  
A escape toma el camino,  
En velocidad y en fuego  
Rayo ó disparado tiro.

Todos cuantos lo esperaban  
Reconócenlo al proviso,  
De que traiga, avergonzados,  
Tal embarazo consigo.

La lenguaraz soldadesca  
Prorumpie en picantes dichos,  
Pues no hay respeto que imponga  
Freno al vulgacho maligno.

Y los dos nobles hermanos  
De don Alonso, ofendidos,  
De enojo y cólera ciegos,  
En tierra los ojos fijos,

Temiéndose nueva afrenta  
En tal hora y en tal sitio,  
Con las viseras esconden  
Los rostros escandecidos.



### ROMANCE TERCERO

EL CABALLERO

Sin templar las flojas bridas,  
Ni dar descanso á la espuela,  
El ilustre don Alonso  
A do están los tercios llega;

Dando al desprecio las burlas,  
Sordo haciéndose á la befa  
De licenciosos soldados  
Y de desatadas lenguas,

Ante el Marqués de Pescara  
Que siente tal ocurrencia,  
Y que está suspenso y grave,  
Pone fin á la carrera.

Desocupa los arzones,  
A niños y madre apea,  
Y con firme acento dice,  
Alzándose la visera:

«Marqués de Pescara egregio,  
Pues circula en vuestras venas  
Sangre tan noble y cristiana  
Como el mundo reverencia,

»No extrañareis el que un noble,  
Que de cristiano se precia,  
Sus obligaciones cumpla  
Y satisfaga sus deudas;

»Ni que un valiente soldado  
Que á combatir marcha, quiera  
Para entrar con más empeño  
Dejar mayores riquezas.

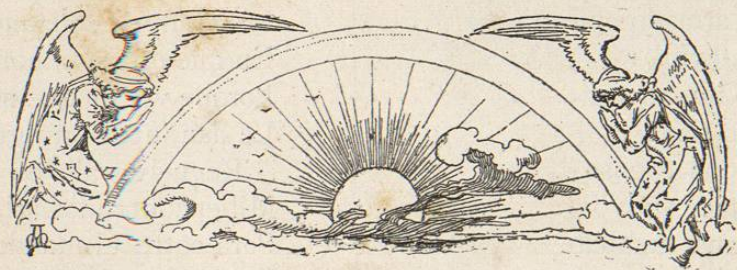
»Ni que tranquila su alma  
Al lance llevar pretenda,  
Porque si es del valor centro  
Mayor valor hay en ella.

»Yo estoy obligado y debo,  
Mil bienes se me presentan  
Que asegurar, y mi alma  
La tranquilidad anhela.

»Bajo vuestro patrocinio  
Cumpla pues, pague, enriquezca,  
Mi alma tranquilice, y obre  
Segun Dios y mi conciencia.

»Al capellan que os asiste  
Mandadle, señor, que venga,  
Y que me case ahora mismo  
Aquí con doña Teresa.

»Y bendecido mi enlace,  
Estos dos ángeles sean  
Hijos legítimos mios,  
Purgados de toda afrenta.



»Y si el cielo dispusiese  
Que yo caiga en la pelea,  
Habrá quien me sustituya  
En lealtad y en fortaleza.»

Calló; y el Pescara insigne  
Y los jefes que le cercan,  
Conmovidos y admirados  
Tan cristiano empeño aprueban.

Viene el capellan al punto  
En una mula; se apea,  
De don Alonso elogiando  
Accion tan gallarda y buena.

Entusiasmo por las filas  
Cunde con la extraña nueva,  
Porque una accion generosa  
Tiene mágica influencia.

Y un ejército testigo  
Siendo de la boda, hecha  
Fué con los sagrados ritos  
Que á sacramento la elevan.

Desmábase la señora,  
Y en los brazos la sustenta  
Su esposo, que á entrambos niños  
Contra la coraza aprieta.

Se enternece el sacerdote,  
Pescara los brazos echa  
Al regocijado novio,  
Y da mil enhorabuenas.

El ejército de vivas  
Admirado el aire llena.  
Vienen los amigos todos,  
Todos los curiosos llegan.

Y de don Alonso entónces  
Ya no tienen resistencia,  
Los enojados hermanos,  
Y entre sus brazos lo estrechan;



Y despojándose afables  
De anillos y de cadenas,  
Unos dan á su cuñada,  
Otros en los niños cuelgan.  
De cordialidad, de gozo,  
Y de dicha tal escena  
Formando en aquel momento,  
Que á un mármol enterneciera.

Pero los instantes urgen:  
Don Alonso activo, ordena  
A su esposa y á sus hijos  
Retirar de allí á gran priesa;  
Porque ya silban las balas,  
Y ya cruzan las saetas,  
Y las trompas y atambores  
Dan de combatir la seña;  
Y cabalgando ligero,  
La lanza en la cuja puesta,  
Vuelto al Marqués de Pescara  
Dice así con voz resuelta:

«Por uno ántes combatia,  
Porque uno tan sólo era,  
Mas hoy combatir por cuatro  
Quiero que el mundo me vea:

»Por mí, por mis tiernos hijos  
Y por mi esposa discreta,  
Vos vereis, caudillo excelso,  
Si sé hacerlo, aunque perezca.»

Revuelve el potro, la lanza  
En el ristre á punto puesta,  
Y en lo más trabado y recio  
Entróse de la pelea.

Síguenle sus dos hermanos,  
Y de los tres las proezas  
En aquel tremendo día,  
Que á España de gloria llena,  
Fueron tales, que lograron  
Aplausos y recompensas,  
Y en el clarín de la fama  
Nombre inmortal, gloria eterna.



## LA VICTORIA DE PAVIA

AL SR. D. MARIANO ROCA DE TOGORES

### ROMANCE PRIMERO

PESCARA Y LOS ESPAÑOLES

De la sitiada Pavía,  
Desde las gigantes torres  
Que el bravo Antonio de Leiva  
Guarda con sus españoles;  
Entre nubes de humo y polvo  
Do arcabuces y cañones,  
De rayos llenan el aire,  
De truenos el horizonte;  
Se ve la horrenda batalla  
En que disputan feroces  
Francisco y Cárlos el cetro  
De Italia y de todo el orbe.

Dos veces más numerosos  
Los franceses escuadrones  
Son, que los que allí combaten  
De Cárlos quinto en el nombre.  
Y aquellos á su cabeza,  
Con lo que valen al doble,  
Tienen á su rey Francisco,  
Monarca de excelsos dotes.  
Pues en valor y destreza,  
Y en caballeroso porte,  
Quien le exceda y sobrepuje  
El mundo no reconoce.